

¿Por qué le gusta tanto la miel al oso, señor Milne?

por Víctor Aldea

A.A. Milne (1882-1956), mal que le pesara en algún momento de su vida, ha alcanzado la posteridad y ha sido reconocido



A.A. Milne, Winnie-the-Pooh y Christopher, el hijo del escritor.

como uno de los mejores autores infantiles en lengua inglesa gracias a Winnie-the-Pooh, también llamado Teddy Bear o Winny el Puff, como se ha traducido al castellano, el osito de peluche mundialmente famoso que, junto a sus amigos del bosque, viven en un mundo entre lo cotidiano y lo extraordinario. En el siguiente artículo, se nos desvela tanto la

personalidad y la vida de Milne, como los orígenes de Winnie-the-Pooh, todo un clásico de la literatura infantil.

A sí empieza el primer relato de uno de los mejores libros de literatura infantil de este siglo: «Cierta día, un viernes, Winnie-the-Pooh, empujado por la curiosidad del zumbido de un panal de abejas, trepó hasta lo más alto de un roble que había en mitad del bosque». Su autor era el hijo de un director de escuela de Londres y el título de la obra, algo tan simple como el nombre de su protagonista, Winnie-the-Pooh.

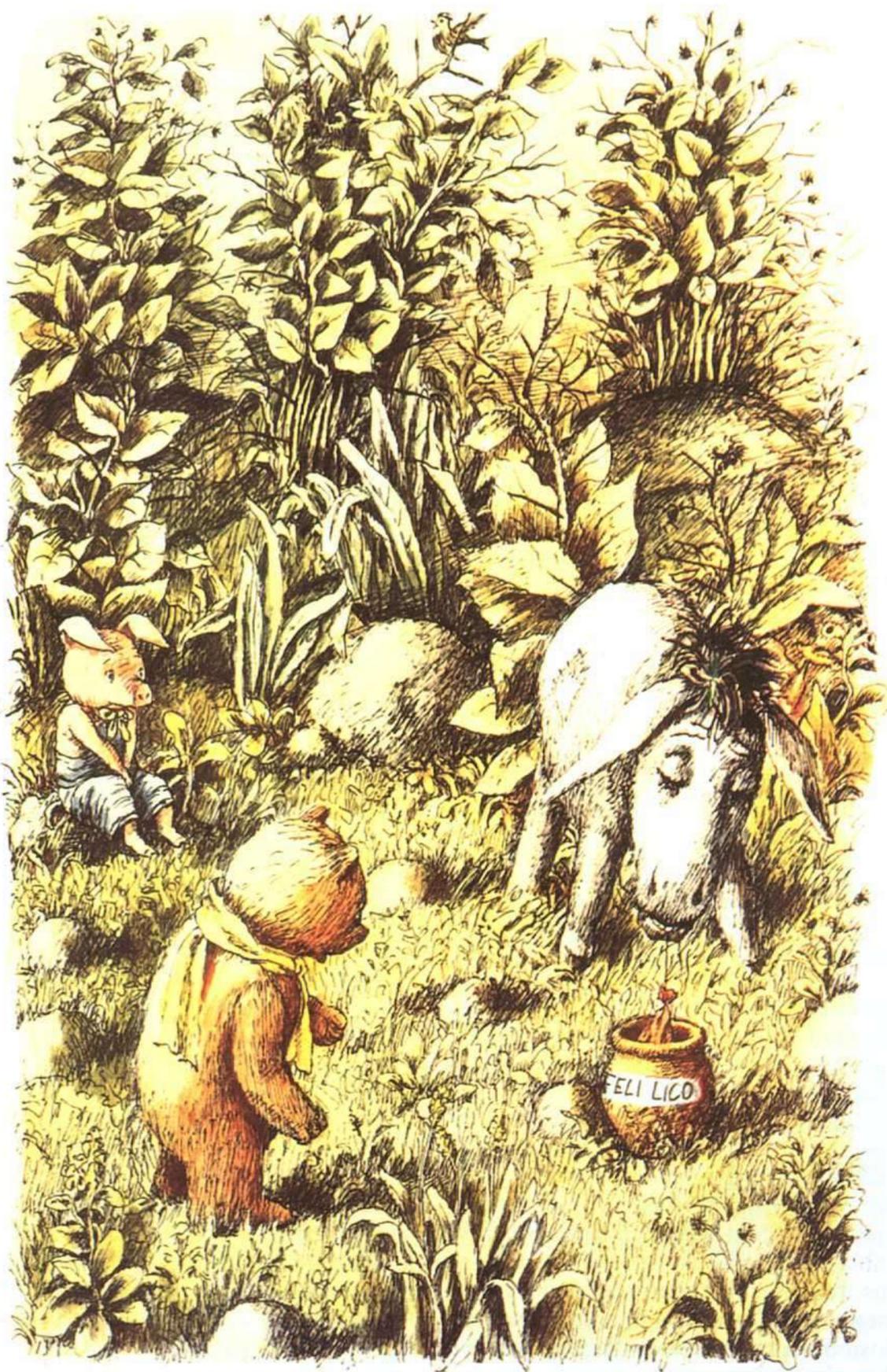
Alan Alexander Milne, tercer hijo de John Vine Milne y de Sarah María Heginbotham Milne, nació en Londres el 18 de enero de 1882. Ingresó en Henley House, la escuela que su padre dirigía y, en 1903, se licenció en matemáticas por el Trinity College de Cambridge. Aunque Alan Alexandre nunca pareció sentirse muy tentado por el campo de las letras, y menos por el de la literatura (de hecho, Kenneth, su hermano mayor, era quien se consideraba el escritor de la familia), durante su época de estudiante en Cambridge dirigió *Granta*, la revista universitaria, en la que, además, colaboraba con una colección de pequeños diálogos.

Trabajos de juventud

El mismo año que se graduó, en 1903, Milne vio publicado su primer trabajo en la revista *Vanity Fair*: se trataba de una pequeña parodia sobre el inmortal detective Sherlock Holmes, creado en 1882 por la pluma de Sir Arthur Conan Doyle, que, en clave de humor ligero, caricaturizaba al inquilino del 221 de Baker Street. La primera novela del escritor, *Lovers in London*, apareció dos años más tarde, en 1905, y, al año siguiente, Milne entró a formar parte del consejo de redacción del semanario satírico británico *Punch*, —que había sido creado en 1841— en calidad de asistente de editor. El asunto fue así: durante sus años de dirección de la revista universitaria en Cambridge, Rudie C. Lehmann, un colaborador asiduo de *Punch*, descubrió los diálogos que Milne escribía en la publicación. Lehmann, llevado por el entusiasmo del primer momento, pidió al director de *Granta* que escribiese una

serie de textos parecidos a los publicados en la revista universitaria, para el semanario satírico. Los escritos nunca llegaron a publicarse, pero sirvieron como tarjeta de visita de Milne. No sería hasta 1906, año en el que Milne

entró a formar parte del consejo de redacción de *Punch*, que el escritor empezaría a publicar material en la revista: una colección de ensayos, muchos de ellos con cierta gracia y una más que generosa ración de ironía, que



BORIS DIÓDOROV, EL MUNDO DE PUFF, ANAYA, 1989.



Foto de Milne que apareció en los diarios americanos con motivo del estreno de Mr. Pim Passes by

se editarían en cuatro volúmenes independientes en 1910, 1912, 1914 y 1921.

Sería, precisamente, en algunos de estos primeros trabajos de juventud donde Milne empezaría a utilizar los primeros rastros del estilo literario tan característico en las fantasías animadas de Winnie-the-Pooh, el osito de peluche de su hijo. Un estilo que lo encumbraría hasta convertirlo en uno de los mejores escritores en lengua infantil del siglo XX, y que queda reflejado de un modo muy claro en obras como *A modern Cinderella* o *The King's sons*, en cuyos argumentos se entremezclan elementos del folklore infantil más tradicional con desenlaces propios del característico *non sense* inglés. Cenicienta pierde una zapatilla, pero esta vez, en lugar de ser el príncipe quien la encuentra, es un lacayo quien da con ella y decide quedársela como recuerdo; y la historia de un príncipe que mata por accidente al hada que el rey había designado para poner a prueba a sus tres hijos, herederos al trono, resumen a grandes trazos la trama de estas dos obras, primerizas en la amplia producción milneana.

En 1914, y tras ocho años de trabajo en *Punch*, Milne abandonó el cargo de asistente de editor por aburrimiento y, al año siguiente, el periodista decidió enrolarse en el ejército. La aventura militar de Milne tan sólo duró unos pocos meses ya que, en 1916, durante unas maniobras en Francia, lo hirieron y fue devuelto inmediatamente a Inglaterra para su recuperación.

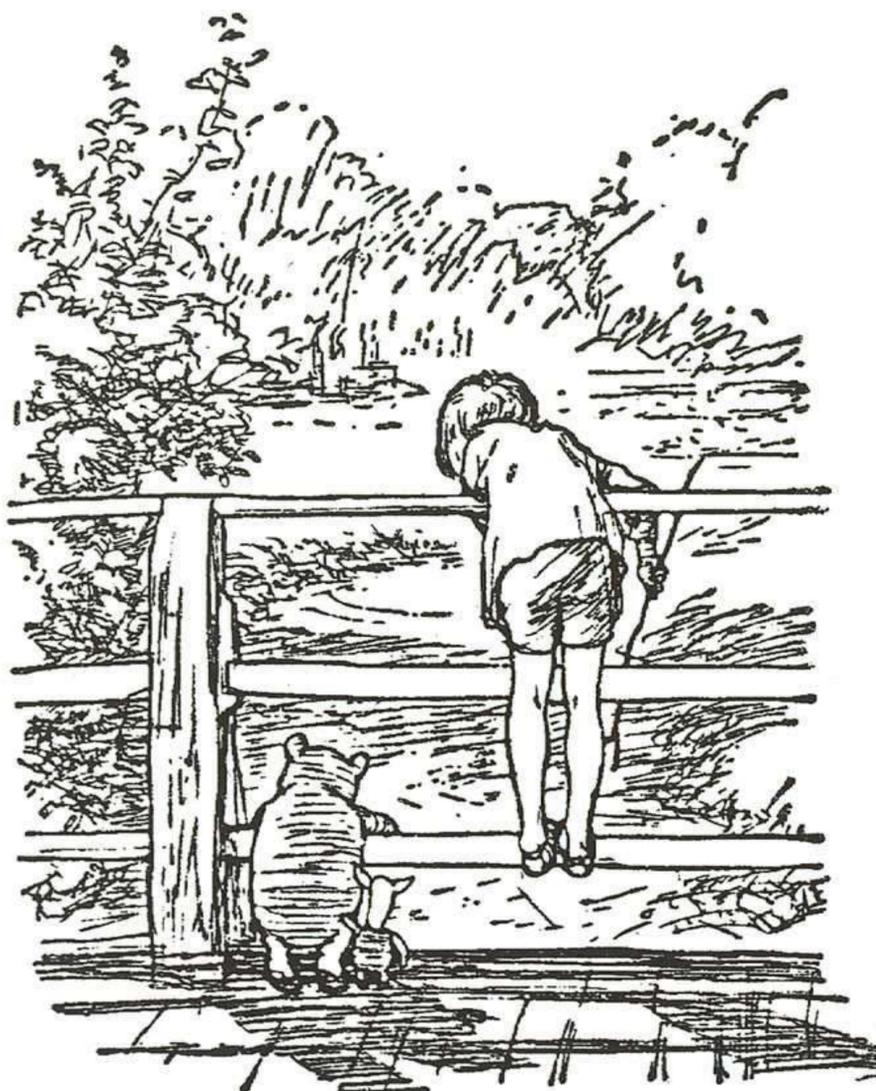
Autor teatral y de novelas de misterio

A su regreso de la contienda, Milne se encontró con los bolsillos llenos de tiempo libre por lo que, como escritor curioso que era, se atrevió con el género teatral y empezó a escribir obras para el escenario. Pese a no estar considerado como una de las grandes figuras escénicas británicas del siglo XX, la pluma y el ingenio de Milne le permitieron cosechar algunos triunfos teatrales, como es el caso de *Wurzel-Flummery* (1917), *The boy comes home* (1918), *Belinda* (1918), o de *Mr. Pim Passes by* (1919) que, diez años más tarde, él mismo convertiría en una novela de relativo éxito, *The red feather* (1921) o *The Lucky one* (1922).

El mayor logro de estas obras fue conectar rápidamente con el público de la época a través de argumentos muy sencillos y de diálogos ingeniosos y, en algunos casos, abrasivos y críticos con la sociedad británica del momento. Pero sí la producción dramática de Milne cosechó ciertos éxi-

tos de público, el reconocimiento de la crítica siempre le dio la espalda, considerando su obra forzada y torpe y que, en sus mejores momentos, no pasaba de ser el trabajo de un dramaturgo menor.

A parte de escribir los pequeños ensayos humorísticos para *Punch* y de producir un número considerable de obras de teatro, el padre de Winnie-the-Pooh también fue un importante escritor de novelas de misterio, de cuya producción destaca, sin duda, *The red house mystery* (1922), obra que contribuyó al establecimiento de las características del género detectivesco en lengua inglesa entre la I y la II Guerra mundial. La importancia del libro tiene una doble vertiente. Por un lado, Milne lo escribió con el único objetivo de crear algo que satisficiera las necesidades de aquellos seguidores que, hartos del artificio y el simplismo de la novela de detectives decimonónica,



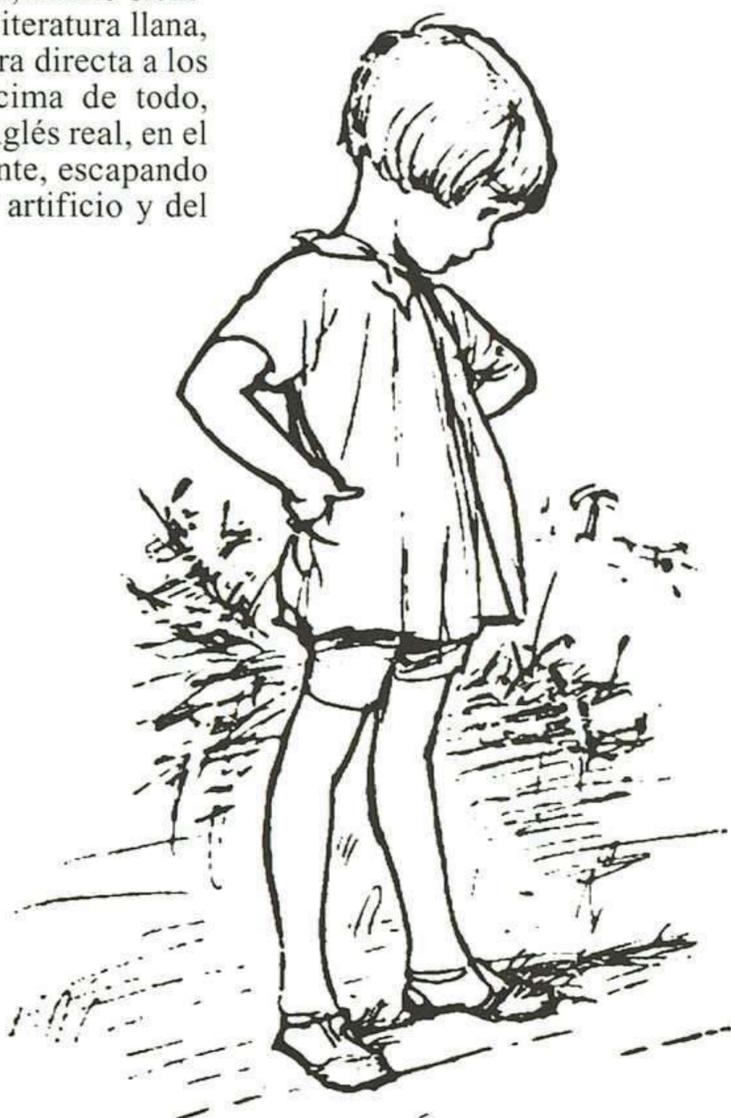
E.H. SHEPARD, LA CASA AL PASSEIG D'EN PU, LA MAGRANA, 1993.

buscaban cierta sofisticación, cierto toque de ingenio en el género de misterio. Por otro, como pasa con toda su obra, anterior y posterior, Milne siempre persiguió un tipo de literatura llana, que llegase de una manera directa a los lectores y que, por encima de todo, estuviese escrita en un inglés real, en el inglés hablado por la gente, escapando al máximo de cualquier artificio y del lenguaje cargante de muchas obras del XIX y del XX. En 1929, escribió una obra de teatro sobre detectives, *The fourth wall* y, cuatro años más tarde, publicó otra novela de misterio, *Four day's wonder*.

Nace Winnie-the-Pooh

En 1920, Dorothy Daphne de Selincourt, con quien Milne se había casado hacía siete años, dio a luz al único hijo del escritor. Christopher Robin, cuya existencia sería la clave para el nacimiento de uno de los mejores personajes infantiles que las letras inglesas han dado a la literatura: un osito de peluche con una panzota rellena de algodón y una panda de amigos. Cuatro años después de la llegada de Christopher Robin al hogar de los Milne, el escritor publicó su primer poemario para niños, *When we were very young*, obra formada por treinta y cuatro poemas. Milne cuenta historias simples e inocentes, puros divertimentos de la vida cotidiana, en donde se mezclan acciones y personajes reales con elementos fantásticos.

En *When we were very young* aparece, por primera vez, la figura de Christopher Robin (el reflejo del propio hijo del escritor) y el personaje de Teddy Bear, un osito de peluche que,



A la derecha, foto de Christopher Robin. A la izquierda, dibujo de Shepard para *The House at Pooh Corner*.

dos años más tarde, se convertiría en Winnie-the-Pooh. Si bien el Christopher Robin literario es el desdoblamiento del Christopher Robin de carne y hueso, para el personaje del oso, Milne tomó prestado uno de los muñecos de su hijo, por lo que el dualismo realidad-ficción se convierte en elemento esencial de la producción infantil milniana.

Tras el éxito del librito de poemas, los editores de la revista *Evening News* pidieron al autor que escribiera un cuento para su número de Navidad. A Milne le costó entrar en el juego que le habían

propuesto, hasta que su mujer le sugirió que utilizase alguna de las historias que solía contar a su hijo antes de



irse a la cama. Así fue como, en diciembre de 1925, nació el primer cuento del mundo literario de Winnie-the-Pooh, Edward the Bear, Mr. Sanders o Teddy Bear, los cuatro nombres con los que el personaje del osito aparece en la obra de Milne. Este primer cuento se convirtió, también, en el primer capítulo del libro *Winnie-the-Pooh* (1926) que, como el segundo, *The house at Pooh corner* (1928), está compuesto por episodios independientes entre sí, cuya unidad viene determinada por el personaje principal del osito y por el Bosque de los Cien Acres, escenario donde ocurren las historias.

Los demás personajes del mundo de Pooh viven y giran a su alrededor. Cada uno representa una realidad cercana a la visión que los niños tienen del mundo adulto que les rodea. Así, el burrito Eeyore representa el lado más triste de cualquier persona; Piglet, la amistad; Búho, el saber; Kanga adopta el arquetipo protector de la madre; Roo, el del hijo que empieza a descubrir el mundo (los dos animales representan la única unidad familiar explícita de los libros de Pooh a partir de la separación de la palabra Kanga-Roo, canguro en inglés, lo que sugiere las dos mitades de una unidad); Tigre (el

único personaje nuevo que aparece en el segundo libro) simboliza el lado más visceral, más irracional de la per-



E.H. SHEPARD, THE HUMS OF POOH, METHUEN CHILDRENS BOOKS, 1983.

sona) Conejo, el lado egoísta; y Pooh, la inocencia, la sencillez del niño. A Christopher Robin, el personaje de carne y hueso que aparece en las historias, no le toca más remedio que aceptar el papel de consciencia, que pone un mínimo de orden racional en este

mundo. El niño es para el mundo del juguete lo que Pepito Grillo es para Pinocho.

Éxito de su producción infantil

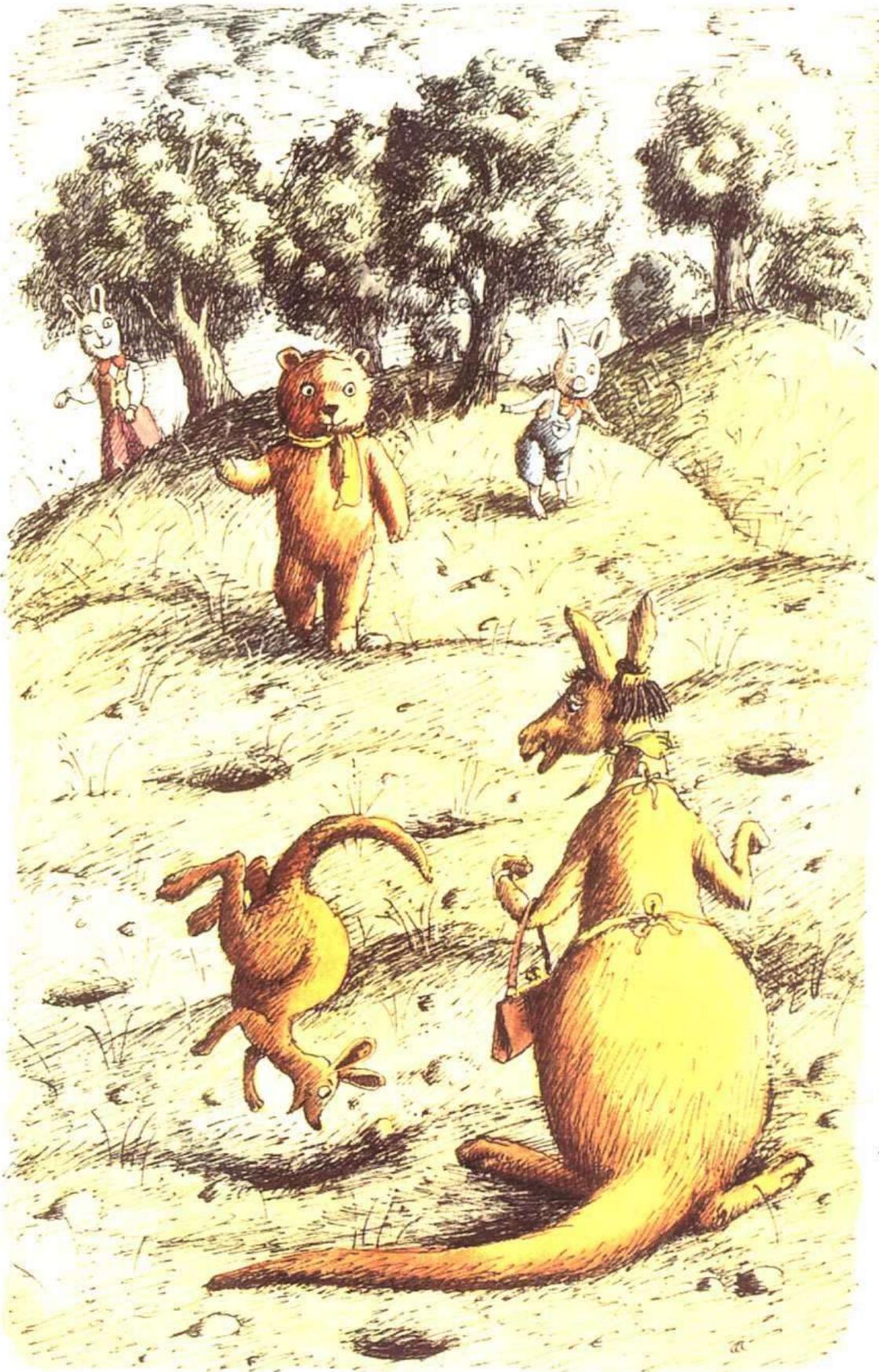
El segundo poemario para niños que Milne ofreció a la literatura fue *Now we are six* (1927). En éste, los personajes que habían aparecido en el volumen anterior son algo mayores, por lo que los poemas responden también a este crecimiento y a la evolución de Christopher Robin hacia los primeros pasos de la que será su edad de madurez. El éxito también presidió la aparición de este segundo volumen de poemas, aunque la fama de Milne ya estaba asegurada a raíz de Winnie-the-Pooh.

Fama provocada, en gran parte, por la manera como el autor concibió su estilo literario, en donde primaban la simplicidad y el juego poético del lenguaje. Las historias de los libros son sencillísimas, con argumentos casi esquemáticos, sin, aparentemente, ningún tipo de ambición literaria por parte del autor. Son los propios personaje, el lenguaje que usan, la lógica infantil de causa-efecto llevada hasta su estado más puro (y, en consecuencia, más efectivo), el ingenio de los diálogos y las bellísimas ilustraciones de Ernest H. Shepard, los que da realmente vida a los libros y a sus historias.

El éxito cosechado por los cuatro



BORIS DIÓDOROV, EL MUNDO DE PUFF, ANAYA, 1989.



BORIS DIÓDOROV, EL MUNDO DE PUFF, ANAYA, 1989.

libros para niños que Milne escribió entre 1924 y 1928, ahogó su producción anterior y no permitió que ninguna de sus obras posteriores alcanzase los laureles en los que el osito con las tripas llenas de algodón juró descansar. Quizás las razones de este singular triunfo deben buscarse, no tanto en el hecho de que estén aparentemente pensados para lectores infantiles, sino en que muchas veces el público adulto se vuelve también receptivo a las historias de Winnie

y su mundo, lo que confirma la evidente doble lectura de los libros de Milne. Todos conocemos personas como Eeyore, Piglet, Tiger o Kanga. Reconocemos todos y cada uno de los personajes del Bosque de los Cien Acres en nosotros mismos, y nos identificamos con ellos hasta tal punto que, a cualquier adulto que lee algunos de estos libros, le resulta difícil no encariñarse y sentirse próximo a alguna de las aventuras de la pandilla de Pooh.

La producción infantil de Milne —que en 1929 escribió para el teatro *Toad of toad hall*, adaptación de otras gran obra inglesa para niños, *El viento en los sauces* (1908), de Kenneth Grahame—, a la que él mismo llamaba «mis cuatro baratijas», evoluciona desde el inicio de la más tierna infancia hasta la época de los 8-9 años, cuando el niño empieza a desprenderse de la inocencia infantil para pasar a una época de transición que, más adelante, le ayudará a incorporarse al mundo de la adolescencia.

Con el tiempo, y como ya pasó con Sir Arthur Conan Doyle y su vitriólico detective Sherlock Holmes, Milne acabó odiando los libros de Pooh y el mundo caprichoso que, a tenor de los críticos más feroces de la época, impregnaba cada una de las páginas de su producción infantil. Milne abandonó el mundo de Winnie para poder escapar de él, pero ya nunca lo consiguió. Poco antes de morir, el 31 de enero de 1956, a la edad de setenta y cuatro años, el autor se dio cuenta que su contribución al mundo literario como novelista, dramaturgo y ensayista siempre se vería eclipsada por Winnie-the-Pooh y su mundo, por lo que en uno de sus últimos trabajos, Milne escribió con un cierto tono resignado:

*«Is a writer, why not write
On whatever comes in sight?
So-the Children's Books: a short
Intermezzo of a sort:
When I wrote them, little thinking
All muy years of a pen-and-inking
Would be almost lost among
Those four trifles for the young.»*

(«Si soy escritor, ¿por qué no escribir / sobre aquello que vea a venir? / De ahí los libros para niños: un leve respiro / de algo por el estilo: / nunca pensé mientras los escribía / que mis años de pluma y caligrafía / casi se olvidarían sin piedad / entre estas cuatro baratijas para gente de poca edad.»).

quizás agradeciendo la fortuna de sus libros para niños al pequeño osito de peluche, quizás rindiéndose a la evidencia: quien alcanzaría la inmortalidad sería Winnie-the-Pooh y no Alan Alexandre Milne. ■